NEW LEFT REVIEW 87

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2014

ENTREVISTA

Volodymyr Ishchenko	Las fracturas de Ucrania	7

ARTÍCULOS

Wolfgang Streeck	¿Cómo terminará el capitalismo?	38
Aminata Traoré y Boubacar Boris Diop	Imposturas africanas	69
Sean Starrs	La quimera de la convergencia	84
José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski	El doble ausente	101
Sven Lütticken	Sobre la Revolución Cultural	119

CRÍTICA

Francis Mulhern	Orwell *forever*	137
Robin Blackburn	La cañonera del abolicionismo	149
Barry Schwabsky	Términos de disparidad	161

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación

SUSCRÍBETE

Wolfgang Streeck

¿CÓMO TERMINARÁ EL CAPITALISMO?

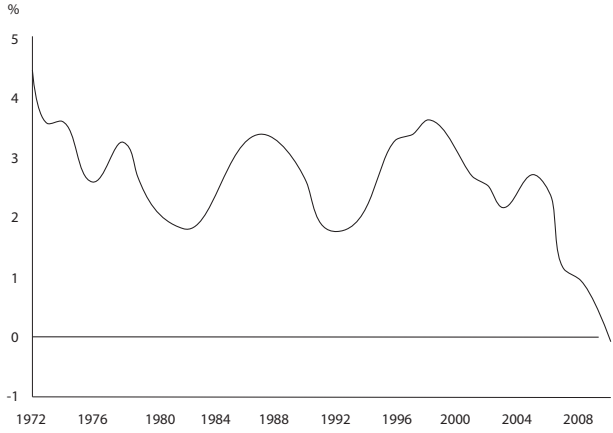
Existe actualmente la sensación generalizada de que el capitalismo pasa por una situación más crítica que nunca desde el final de la Segunda Guerra Mundial[1]. En retrospectiva, el derrumbe de 2008 fue solo el último de una larga serie de problemas políticos y económicos que tienen su origen en el final de la prosperidad de la posguerra a mediados de la década de 1970. Las sucesivas crisis han sido cada vez más graves, extendiéndose más amplia y rápidamente por una economía global cada vez más interrelacionada. La inflación global en la década de 1970 fue seguida de un aumento de la deuda pública en la década de 1980, y la consolidación fiscal en la década de 1990 llegó acompañada de un aumento elevado de la deuda del sector privado[2]. Hace ya cuatro décadas que la falta de equilibrio ha sido más o menos la situación normal del mundo industrial «avanzado», tanto a nivel nacional como global. De hecho, con el tiempo, las crisis del capitalismo de posguerra de los países de la OCDE se han generalizado de tal modo que se perciben cada vez más como algo cuya naturaleza está por encima de la economía, lo que tiene como consecuencia el redescubrimiento de la antigua noción de sociedad capitalista: el capitalismo como orden social y forma de vida, que depende de manera vital del progreso ininterrumpido de la acumulación de capital privado.

Los síntomas de la crisis son muchos, pero entre ellos destacan tres tendencias a largo plazo en las trayectorias de los países capitalistas ricos y altamente industrializados, o mejor dicho, crecientemente desindustrializados. La primera es el declive persistente de la tasa de crecimiento económico, agravado recientemente por los acontecimientos de 2008 (Figura 1). La segunda, asociada a la primera, es un crecimiento igualmente persistente de la deuda global en los principales Estados capitalistas, donde

[1] Una versión de este texto constituyó el discurso de la Anglo-German Foundation, pronunciado en la British Academy el 23 de enero de 2014.
[2] He analizado este tema en profundidad en *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres y Nueva York, 2014.

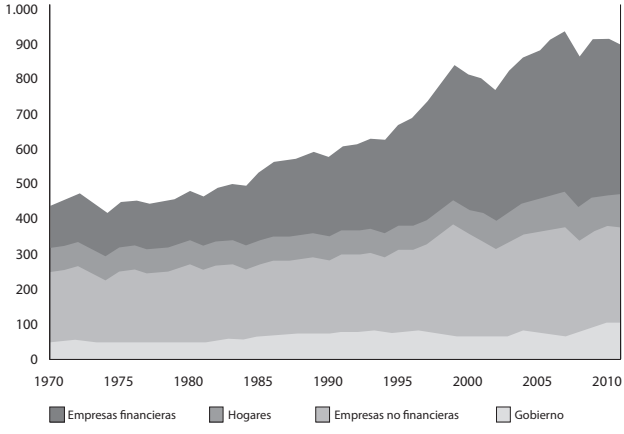
los Gobiernos, los hogares y las empresas financieras y no financieras llevan más de cuarenta años apilando obligaciones financieras (para el caso de Estados Unidos, véase la Figura 2). La tercera, la desigualdad económica, tanto de ingresos como de riqueza, lleva varias décadas aumentando (Figura 3), junto con el aumento de la deuda y el declive del crecimiento.

Figura 1: *Tasas de crecimiento medio anual de 20 países de la* OCDE*, 1972-2010**.



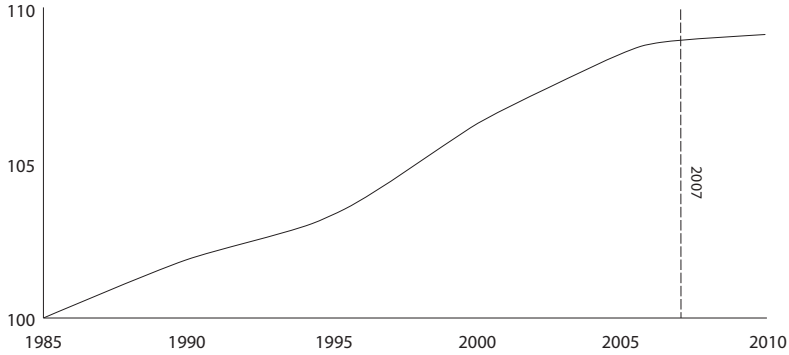
* media móvil de 5 años. *Fuente*: Perspectivas Económicas de la OCDE: Estadísticas y Proyecciones.

Figura 2: *Deuda como porcentaje del* PIB *de Estados Unidos por sectores, 1970-2011*



Fuente: Cuentas nacionales, OCDE.

FIGURA 3: *Aumento del coeficiente de Gini, media de la OCDE.*



Fuente: Base de datos de la distribución de las rentas de la OCDE.

El crecimiento constante, la moneda sólida y un mínimo de equidad social, que extienda algunos de los beneficios del capitalismo a los que no tienen capital, se han considerado desde hace mucho tiempo los prerrequisitos para que una economía política capitalista obtenga la legitimación que necesita. Lo que resulta más alarmante es que las tres tendencias críticas que he mencionado pueden reforzarse mutuamente. Cada vez hay más evidencia de que la desigualdad creciente puede ser una de las causas del declive del crecimiento, ya que la desigualdad obstaculiza las mejoras de productividad y debilita la demanda. El bajo crecimiento, a su vez, fortalece la desigualdad al intensificar el problema de la distribución, ofreciendo concesiones a los pobres que son más costosas para los ricos y obligando a estos a insistir más que antes en el respeto estricto del «principio de Mateo», que gobierna el libre mercado: «Porque a todo el que tiene, más se le dará, y tendrán abundancia; pero al que no tiene aun lo que tiene se le quitará»[3]. Es más, la deuda creciente, además de no detener el declive del crecimiento económico, agrava la desigualdad por medio de los cambios estructurales asociados a la financiarización, que a su vez tenía por objetivo compensar a los asalariados y a los consumidores por la creciente desigualdad de ingresos provocada por el estancamiento de los salarios y los recortes de los servicios públicos.

[3] Mateo 25:29. Fue descrito por primera vez como mecanismo social por Robert Merton en «El efecto Mateo en la ciencia», *Science*, vol. 159, núm. 3810, pp. 56-63. El término técnico es *ventaja acumulativa*.

¿Puede continuar indefinidamente lo que parece ser un círculo vicioso de tendencias dañinas? ¿Existen fuerzas contrarias que puedan romperlo y qué ocurrirá si estas no se materializan, tal como ha sucedido durante casi cuatro décadas? Los historiadores señalan que las crisis en el capitalismo no son nada nuevo y de hecho pueden ser necesarias para su salud a largo plazo. Pero se refieren a movimientos cíclicos o sucesos puntuales, tras los cuales las economías capitalistas entran en un nuevo equilibrio, por lo menos, temporalmente. Lo que observamos actualmente, sin embargo, parece representar, si lo miramos en retrospectiva, un proceso continuo de declive gradual, aplazado, pero a pesar de ello aparentemente inexorable. La recuperación de una *Reinigungskrise* [crisis de purgamiento] ocasional es una cosa, interrumpir la concatenación de tendencias a largo plazo interrelacionadas es algo bien distinto. Asumiendo que la perpetuación de un crecimiento cada vez menor, una desigualdad cada vez mayor y una deuda paulatinamente creciente no es un escenario sostenible de modo indefinido, que puede desembocar además en una crisis de naturaleza sistémica cuyas características son difíciles de imaginar, ¿se pueden atisbar señales de una marcha atrás inminente?

Otro parche

Las noticias no son buenas. Han pasado seis años desde 2008, el punto álgido hasta ahora de la secuencia de crisis de la posguerra. Mientras el recuerdo del abismo estaba todavía fresco, abundaron las peticiones y los planes de acción para una «reforma» que protegiera al mundo de una repetición. Los congresos internacionales y las cumbres de todo tipo se sucedieron, pero media década más tarde no ha salido prácticamente nada de ellas. Mientras tanto, la industria financiera, de donde partió el desastre, ha escenificado una recuperación completa: los beneficios, los dividendos, los sueldos y los bonos han vuelto donde estaban, mientras que la nueva regulación se enfangaba en negociaciones internacionales y grupos de presión nacionales. Los Gobiernos, el primero y principal, el de Estados Unidos, han seguido estando manejados con firmeza por las industrias de hacer dinero. Estas a su vez reciben generosamente dinero en efectivo barato, que sus amigos de los bancos centrales (entre los que destaca el antiguo hombre de Goldman Sachs, Mario Draghi, al timón del BCE) crean de la nada para ellos, un dinero que inmovilizan o invierten en deuda de los Gobiernos. El crecimiento sigue siendo anémico, como los mercados de trabajo; una enorme liquidez carente de precedentes no ha podido relanzar la economía; y la desigualdad está

alcanzando cotas cada vez más sorprendentes, mientras que el 1 por 100 de los rentistas se ha apropiado del poco crecimiento que existe: la parte del león para la fracción más pequeña[4].

Parecería que, desde luego, hay pocas razones para ser optimista. Durante bastante tiempo el capitalismo de los países de la OCDE ha seguido adelante gracias a generosas inyecciones de dinero fiduciario, siguiendo una política de expansión monetaria cuyos diseñadores saben mejor que nadie que no puede continuar indefinidamente. De hecho, en 2013 se hicieron varios intentos de romper con esa costumbre en Japón y en Estados Unidos, pero cuando, como consecuencia de ellos, las cotizaciones bursátiles se derrumbaron, las «reducciones» (*tapering*), como se las vino a llamar, se pospusieron. A mediados de junio el Bank for International Settlements (BIS) de Basilea (la madre de todos los bancos centrales) declaró que la *quantitive easing* [flexibilización cuantitativa] debía terminarse. En su informe anual, el Banco señalaba que los bancos centrales, como reacción a la crisis y a la lenta recuperación, habían expandido sus balances, «que se encuentran ahora colectivamente a un nivel aproximadamente tres veces superior al que tenían antes de la crisis: y subiendo»[5]. Aunque esto había sido necesario para «evitar el colapso financiero», ahora el objetivo tenía que ser «reconducir a unas economías muy debilitadas a un crecimiento fuerte y sostenible». Sin embargo, esto estaba por encima de la capacidad de los bancos centrales, que:

> no pueden aprobar las reformas estructurales económicas y financieras necesarias para que las economías recuperen la senda del crecimiento auténtico que tanto las autoridades como los ciudadanos quieren y esperan. Lo que los acuerdos de los bancos centrales han conseguido durante la recuperación es ganar tiempo [...]. Pero ese tiempo no se ha aprovechado bien, ya que los tipos bajos de interés persistentes y las políticas poco convencionales aplicadas han facilitado que el sector privado posponga la reducción de su endeudamiento, que los Gobiernos financien los déficits y las autoridades retrasen las reformas necesarias en la economía real y en el sistema financiero. Al fin y al cabo, el dinero barato hace que sea más fácil beneficiarse de un préstamo que ahorrar, gastar que introducir impuestos, permanecer igual que cambiar.

---

[4] Véase Emmanuel Saez, «Striking It Richer; The Evolution of Top Incomes in the United States», 2 de marzo de 2012, disponible por medio de la página web personal de Saez en UC Berkeley; y Facundo Alvaredo, Anthony Atkinson, Thomas Piketty y Emmanuel Saez, «The Top 1 per cent in International and Historical Perspective», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 27, núm. 3, 2013, pp. 3-20.
[5] BIS, *83rd Annual Report, 1 April 2012-31 March 2013*, Basilea, 2013, p. 5.

Aparentemente este punto de vista era compartido incluso por la Reserva Federal con Bernanke al mando. A finales de verano de 2013, parecía intuirse una vez más que la época del dinero fácil se estaba acabando. Sin embargo, en septiembre, la esperada vuelta a tipos de interés más altos fue de nuevo pospuesta. El motivo aducido fue que «la economía» parecía menos «fuerte» de lo que se esperaba. Las cotizaciones bursátiles globales subieron inmediatamente. Por supuesto, una institución internacional como el BIS tiene más libertad que un banco central nacional, que (por ahora) está más expuesto políticamente, para desvelar la verdadera razón por la que una vuelta a políticas monetarias más convencionales es tan difícil: tal como están las cosas, la única alternativa al mantenimiento del capitalismo mediante el incremento ilimitado de la oferta monetaria es intentar reanimarlo por medio de reformas económicas neoliberales, como se desprende con toda precisión del segundo subtítulo del informe anual del BIS de 2012-2013: «Mejorar la flexibilidad: la clave para el crecimiento». En otras palabras, remedios amargos para la mayoría, combinados con mayores incentivos para unos pocos[6].

Un problema con la democracia

Al llegar a este punto, el análisis de la crisis y del futuro del capitalismo moderno debe recurrir a la política democrática. El capitalismo y la democracia se han considerado adversarios durante mucho tiempo, hasta que el acuerdo de la posguerra pareció lograr su reconciliación. Bien entrado el siglo XX, los propietarios capitalistas habían temido que las mayorías democráticas abolieran la propiedad privada, mientras que los trabajadores y sus organizaciones temían que los capitalistas financiaran la vuelta a un régimen autoritario que defendiera sus privilegios. Solo durante la Guerra Fría parecieron alinearse juntos el capitalismo y la democracia, cuando el progreso económico hizo posible que la mayoría de la clase trabajadora aceptara un régimen de libre mercado y propiedad privada, resaltando a su vez que la libertad democrática era inseparable, y de hecho dependiente, de la libertad de los mercados y la búsqueda de beneficios. Sin embargo, hoy en día, han vuelto con fuerza las dudas sobre la compatibilidad de una economía capitalista con un sistema de gobierno democrático. Entre la gente corriente existe ahora una sensación omnipresente de que la política no puede ya cambiar sus vidas, tal como se refleja en las percepciones comunes de estancamiento, incompetencia y corrupción entre una clase

[6] Puede ser aún menos prometedor en países como Estados Unidos y el Reino Unido, donde es difícil señalar qué «reformas» neoliberales pueden quedar todavía por aplicarse.

política que parece crecientemente egoísta y autosuficiente, unida en su proclama de que «no hay alternativa» para ellos y sus políticas. El resultado es el descenso en la participación electoral combinado con una volatilidad mayor del voto, que tiene como consecuencia una fragmentación electoral mayor, debido a la subida de partidos de protesta «populistas», y una inestabilidad general del gobierno[7].

La legitimidad de la democracia de posguerra se basaba en la premisa de que los Estados tenían capacidad para intervenir en los mercados y corregir sus resultados en beneficio de los ciudadanos. Décadas de desigualdad creciente han sembrado dudas sobre esta capacidad, como también lo ha hecho la impotencia de los Gobiernos antes, durante y después de la crisis de 2008. Como respuesta a su creciente irrelevancia en una economía de mercado global, los Gobiernos y los partidos políticos en las democracias de los países de la OCDE se dedicaron a observar con mayor o menor complacencia cómo la «lucha de clases democrática» se convertía en entretenimiento político posdemocrático[8]. Mientras tanto, la transformación de la economía política capitalista del keynesianismo de la posguerra al hayekianismo neoliberal progresaba con fluidez: de una fórmula política para el crecimiento económico por medio de la redistribución desde arriba hacia abajo, a una que esperaba que se produjera crecimiento por medio de una redistribución desde abajo hacia arriba. La democracia igualitaria, considerada por el keynesianismo como productiva económicamente, se convierte en una carga para la eficacia según el hayekianismo contemporáneo, en el que el crecimiento proviene del aislamiento de los mercados (y de la ventaja acumulativa que supone) frente a las distorsiones políticas redistributivas.

Un tema fundamental de la retórica antidemocrática actual es la crisis fiscal del Estado contemporáneo, tal como queda reflejada en el extraordinario aumento de la deuda pública desde la década de 1970 (Figura 4). El creciente endeudamiento público se achaca a la mayoría del electorado que vive por encima de sus posibilidades a base de aprovecharse del «fondo común» de la sociedad, y a los políticos oportunistas que compran el apoyo de los votantes miopes con dinero que no tienen[9]. Sin embargo, puede constatarse que

---

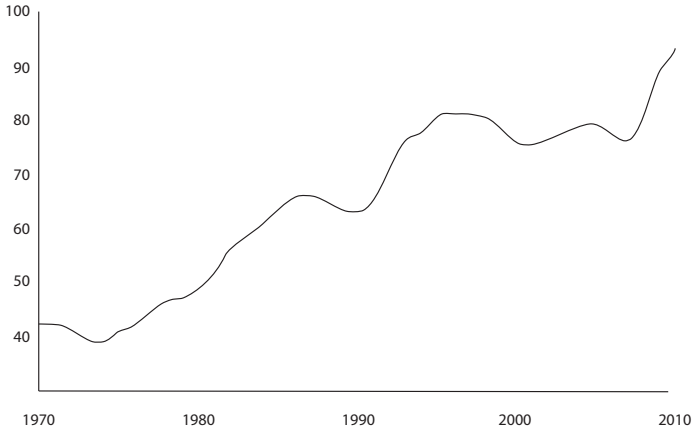
[7] Véase Armin Schäfer y Wolfgang Streeck (eds.), *Politics in the Age of Austerity*, Cambridge, 2013.

[8] Walter Korpi, *The Democratic Class Struggle*, Londres, 1983; y Colin Crouch, *Post-Democracy*, Cambridge, 2004 [ed. cast.: *Posdemocracia*, Madrid, Taurus, 2004].

[9] Esta es la teoría de *public choice* [elección pública] de la crisis fiscal, tal como la presentan con fuerza James Buchanan y su escuela; véase, por ejemplo, James Buchanan y Gordon Tullock, *The Calculus of Consent. Logical Foundations of Constitutional Democracy*, Ann Arbor, 1962 [ed. cast.: *El cálculo del consenso. Fundamentos lógicos de la democracia constitucional*, Madrid, Espasa, 1980].

es improbable que la crisis fiscal haya sido causada por un exceso de democracia redistributiva, ya que la acumulación de la deuda pública coincidió con un descenso de la participación electoral, especialmente en los extremos inferiores de la escala de renta, y progresó al hilo del debilitamiento del sindicalismo, la desaparición de las huelgas, los recortes del Estado del bienestar y la explosión de la desigualdad de los ingresos. El deterioro de las finanzas públicas *estaba* relacionado con las bajadas generales de los niveles de tributación (Figura 5) y las características cada vez más regresivas de los sistemas tributarios, como resultado de las «reformas» de los tipos impositivos aplicados a las rentas más altas y a las empresas (Figura 6). Además, al reemplazar los ingresos tributarios por la deuda, los Gobiernos contribuyeron todavía más a la desigualdad, al ofrecer oportunidades de inversión seguras a aquellos cuyo dinero no querían o podían ya confiscar, a los que, en cambio, tenían que pedir prestado. Al contrario que los contribuyentes, los compradores de bonos públicos siguen siendo propietarios de lo que pagan al Estado, y de hecho reciben intereses sobre ello, generalmente provenientes de una imposición cada vez menos progresiva; también pueden legárselos a sus hijos. Además, el aumento de la deuda pública puede ser, y de hecho está siendo, utilizada políticamente para justificar los recortes en el gasto estatal y la privatización de los servicios públicos, constriñendo aún más la intervención democrática redistributiva en la economía capitalista.

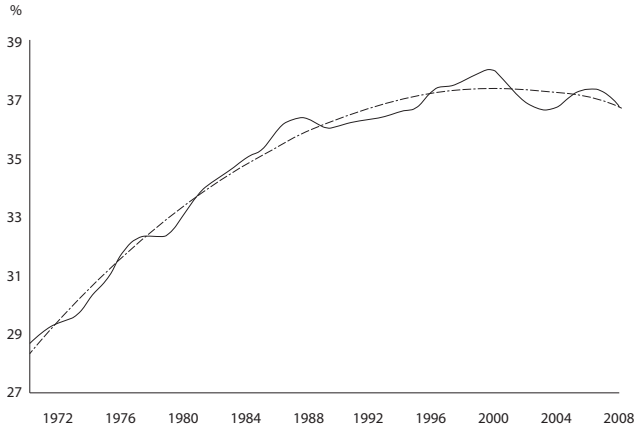
Figura 4: *Deuda de los Gobiernos como porcentaje del* PIB, *1970-2011**.



* Países incluidos con medias no ponderadas: Alemania, Austria, Bélgica, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Noruega, Países Bajos, Reino Unido, Suecia.

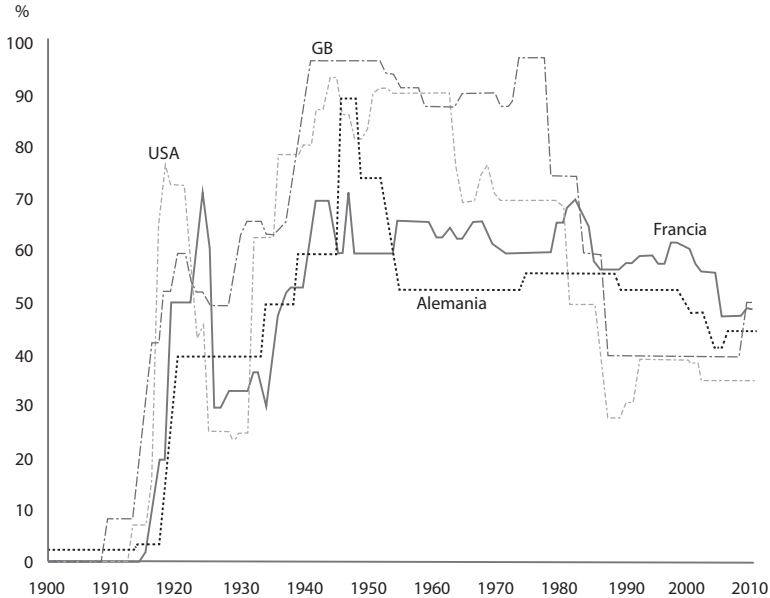
Fuente: Perspectivas Económicas de la OCDE: Estadísticas y Proyecciones.

FIGURA 5: *Ingresos fiscales totales en porcentaje del PIB, 1970-2011*†.



† Países con medias no ponderadas: Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Grecia, Irlanda, Italia, Japón, Noruega, Países Bajos, Portugal, Reino Unido, Suecia, Suiza. *Fuente*: Cuadros comparativos. Base de datos de estadísticas fiscales de la OCDE.

FIGURA 6: *Tipos impositivos marginales máximos sobre la renta, 1900-2011.*



Fuente: Facundo Alvaredo *et al.*, «The Top 1 per cent in International and Historical Perspective».

La protección institucional de la economía de mercado frente a las interferencias democráticas ha avanzado mucho en las últimas décadas. Los sindicatos están de capa caída en todas partes y en muchos países prácticamente han desaparecido, especialmente en Estados Unidos. La política económica se ha entregado en muchos Estados a bancos centrales independientes (es decir, sin responsabilidad democrática) preocupados sobre todo por la buena salud y el fondo de comercio de los mercados financieros[10]. En Europa, las políticas económicas nacionales, incluso el establecimiento de los salarios y la elaboración del presupuesto, están cada vez más gobernadas por agencias supranacionales, como la Comisión Europea y el Banco Central Europeo, que están por encima del alcance de la democracia popular. Esto supone la des-democratización del capitalismo europeo, sin, por supuesto, despolitizarlo.

Aun así, las clases que viven de la obtención de beneficios no están seguras de que la democracia (incluso en su versión castrada contemporánea) permita las «reformas estructurales» neoliberales necesarias para que su régimen se recupere. Como los ciudadanos corrientes, aunque por motivos opuestos, las elites están perdiendo la fe en los gobiernos democráticos y su idoneidad para reestructurar la sociedad de acuerdo con los imperativos del mercado. La desdeñosa concepción de la *public choice* de la política democrática como una corrupción de la justicia del mercado, al servicio de políticos oportunistas y su clientela, ha sido completamente adoptada por las elites: igual que la creencia de que el capitalismo de mercado, liberado de políticas democráticas, no solo será más eficiente, sino que también será virtuoso y responsable[11]. Países como China reciben parabienes porque sus sistemas políticos autoritarios están mucho mejor equipados para lidiar con lo que se supone que son los desafíos de la «globalización» que la democracia mayoritaria, con su tendencia igualitaria: una retórica que comienza a parecerse manifiestamente a los elogios de las elites capitalistas, durante los años de entreguerras, a los

---

[10] A menudo se olvida que la mayoría de los bancos centrales, incluyendo el BIS, han pertenecido durante mucho tiempo o todavía pertenecen parcialmente al sector privado. Por ejemplo, el Banco de Inglaterra y el Banco de Francia fueron nacionalizados después de 1945. La «independencia» de los bancos centrales, tal como se formalizó en muchos países en la década de 1990, puede ser considerada como una forma de reprivatización.

[11] Por supuesto, tal como Colin Crouch ha señalado, el neoliberalismo en su forma realmente existente es una oligarquía, muy afianzada políticamente, de empresas multinacionales gigantes; véase Colin Crouch, *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Cambridge, 2011.

fascismos italiano y alemán (incluso al comunismo estalinista) por su gestión económica aparentemente superior[12].

Hasta ahora, la utopía política predominante en el neoliberalismo es una «democracia adaptada al mercado», desprovista de poder de corrección del mismo y que apoye la redistribución «compatible con los incentivos» desde abajo hacia arriba[13]. Aunque ese proyecto está ya muy avanzado tanto en Europa Occidental como en Estados Unidos, sus promotores siguen preocupándose de que las instituciones políticas heredadas del compromiso de posguerra puedan en algún momento volver a ser dominadas por mayorías populares, en un intento de última hora de bloquear el avance hacia una solución neoliberal de la crisis. Por consiguiente, no han disminuido en lo más mínimo las presiones de las elites a favor de la neutralización económica de la democracia igualitaria; en Europa, esto se lleva a cabo por medio de una reubicación permanente de la toma de decisiones político-económicas en las instituciones supranacionales como el Banco Central Europeo y las cumbres de los líderes gubernamentales.

¿El capitalismo al borde del precipicio?

¿Ha llegado el final del capitalismo? En la década de 1980 se abandonó la idea de que el «capitalismo moderno» podía ser gestionado como una «economía mixta», dirigida tecnocráticamente y controlada democráticamente. Más tarde, con la revolución neoliberal, el orden económico y social fue

---

[12] Véase Daniel A. Bell, *Beyond Liberal Democracy. Political Thinking for an East Asian Context*, Princeton, 2006; y Nicolas Berggruen y Nathan Gardels (eds.), *Intelligent Governance for the 21st Century. A Middle Way between West and East*, Londres, 2012 [ed. cast.: *Gobernanza inteligente para el siglo XXI. Una vía intermedia entre Occidente y Oriente*, Madrid, Taurus, 2012].

[13] La expresión «democracia adaptada al mercado» es de Angela Merkel. La retórica pública de la canciller parece diseñada deliberadamente para confundir y embaucar. Cito su declaración de septiembre de 2011 sobre el tema en la lengua materna de Merkel: «Wir leben ja in einer Demokratie und sind auch froh darüber. Dast is eine parlamentarische Demokratie. Deshalb ist das Budgetrecht ein Kernrecht des Parlaments. Insofern werden wir Wege finden, die parlamentarische Mitbestimmung so zu gestalten, daß sie trotzdem auch marktkonform ist, also das sich auf den Märkten die entsprechenden Signale ergeben». Una traducción aproximada sería: «Desde luego, vivimos en democracia y también estamos contentos de ello. Es una democracia parlamentaria. Por consiguiente, el derecho al presupuesto es un derecho fundamental del Parlamento. En este sentido encontraremos formas de modular la co-decisión parlamentaria de tal manera que esté, sin embargo, también adaptada al mercado, para que las señales respectivas emerjan en el mercado».

concebido de nuevo como algo que surge benevolentemente del «libre juego de las fuerzas del mercado». Pero con el crac de 2008 la promesa de que los mercados autorregulados alcanzaran el equilibrio por su cuenta quedó en evidencia también, sin que apareciera en el horizonte una fórmula nueva verosímil de gobierno político-económico. Puede considerarse como el síntoma de una crisis que se ha hecho sistémica, y más cuanto más dure.

En vista de las décadas de caída del crecimiento, de aumento de la desigualdad y de endeudamiento creciente (así como de la agonía constante de la inflación, de la deuda pública y de la implosión financiera desde la década de 1970), considero que ya es hora de definir el capitalismo como un fenómeno histórico, que no solo tiene un comienzo, sino también un final. Para ello, necesitamos apartarnos de modelos engañosos de cambio social e institucional. Mientras sigamos imaginando que el final del capitalismo sea decretado, al estilo de Lenin, por un gobierno o comité central, no podemos más que considerarlo eterno. (El comunismo, por estar centralizado en Moscú, es el que de hecho podía ser y fue terminado por decreto). La cuestión es diferente si, en lugar de imaginar que el capitalismo es sustituido por medio de una decisión colectiva, por algún orden nuevo diseñado providencialmente al efecto, dejamos que el capitalismo se derrumbe solo.

Sugiero que nos acostumbremos a pensar en el final del capitalismo sin asumir la responsabilidad de contestar a la pregunta de qué proponemos poner en su lugar. Es un prejuicio marxista (o en realidad: moderno) que el capitalismo como época histórica solo terminará cuando una sociedad nueva y mejor esté lista, y un sujeto revolucionario preparado para ponerla en marcha en pro del progreso de la humanidad. Esta idea implica un grado de control político sobre nuestro destino común que no podemos ni siquiera soñar tras la destrucción, en la revolución neoliberal global, de la acción colectiva y, desde luego, de la esperanza de recuperarla. Para validar la tesis de que el capitalismo se enfrenta a su *Götterdämmerung* [crepúsculo de los dioses] no debería ser necesario ni una visión utópica de un futuro alternativo ni una previsión sobrehumana. Estoy dispuesto a plantear exactamente esa tesis, aunque soy consciente de la cantidad de veces que el capitalismo ha sido dado por muerto en el pasado. De hecho, todos los principales teóricos del capitalismo han pronosticado su defunción inminente desde que el concepto se comenzó a utilizar a mediados del siglo XIX. No solo críticos radicales como Marx o Polanyi, sino también pensadores burgueses como Weber, Schumpeter, Sombart y Keynes[14].

---

[14] Así que, si la historia demuestra que me equivoqué, por lo menos estaré en buena compañía.

Que algo no haya sucedido a pesar de previsiones razonables de que sucedería no quiere decir que no vaya a suceder nunca; no es una prueba inductiva. Creo que esta vez es diferente y síntoma de ello es que ni siquiera los tecnócratas máximos del capitalismo tienen la más remota idea hoy en día de cómo recomponer el sistema de nuevo: véase, por ejemplo, las actas recientemente publicadas de las deliberaciones de la junta de la Reserva Federal en 2008[15], o la búsqueda a la desesperada de los presidentes de los bancos centrales, mencionada anteriormente, para encontrar el momento adecuado de terminar con la *quantitative easing*. Sin embargo, esto solo representa la superficie del problema. Por debajo de ella está el tozudo hecho de que el avance capitalista ha destruido ya prácticamente todas las agencias que pudieran estabilizarlo a base de limitarlo; la clave está en que la estabilidad del capitalismo como sistema socio-económico depende de que se contenga su *Eigendynamik* [dinámica interna] por medio de fuerzas compensatorias: por intereses e instituciones colectivas que sometan la acumulación de capital a controles y equilibrios sociales. La idea es que el capitalismo puede autodebilitarse por un exceso de éxito. Presentaré esta cuestión con más profundidad a continuación.

La imagen que tengo del final del capitalismo (un final que creo que ya está de camino) es la de un sistema social con un fallo crónico, por sus propias causas y al margen de la ausencia de una alternativa viable. Aunque no podamos saber con exactitud cuándo y cómo desaparecerá el capitalismo y qué vendrá después, lo que importa es que no existe ninguna fuerza disponible de la que pueda esperarse que cambie las tres tendencias en caída libre: el crecimiento económico, la igualdad social y la estabilidad financiera, y termine con su mutuo reforzamiento. Al contrario que en la década de 1930, no existe hoy en día ninguna fórmula político-económica a la vista, de izquierda o derecha, que pudiera proporcionar a las sociedades capitalistas un régimen nuevo de regulación coherente, o *régulation*. La integración social así como la integración sistémica parecen dañadas sin remisión y propicias a deteriorarse aún más[16]. Con el paso del tiempo lo más probable es que se produzca una acumulación continua de

---

[15] Comentadas por Gretchen Morgenson, «A New Light on Regulators in the Dark», *The New York Times*, 23 de abril de 2014. El artículo describe «una imagen alarmante de un banco central que estaba en la inopia de cada uno de los desastres que se avecinaban a lo largo de 2008».

[16] Sobre estos términos, véase David Lockwood, «Social Integration and System Integration», en George Zollschan y Walter Hirsch (eds.), *Explorations in Social Change*, Londres, 1964, pp. 244-257.

disfunciones pequeñas y no tan pequeñas; ninguna de ellas necesariamente mortal por sí sola, pero la mayoría sin solución, especialmente cuando lleguen a ser demasiadas para su consideración individual. En el proceso, las partes del todo se engarzarán cada vez peor; se multiplicarán todo tipo de fricciones; las consecuencias inesperadas se extenderán por causas cada vez más difíciles de explicar. Proliferará la incertidumbre; las crisis de todo tipo (de legitimidad, de productividad o ambas) se sucederán rápidamente a la vez que la previsibilidad y la gobernabilidad disminuirán aún más (tal como llevan décadas haciendo). Al final, la miríada de parches provisionales diseñados para la gestión a corto plazo de la crisis reventarán bajo la presión de los desastres cotidianos producidos por un orden social en una situación de total desorganización anómica.

Concebir el final del capitalismo como proceso en lugar de como acontecimiento plantea la cuestión de cómo definir el capitalismo. Las sociedades son entidades complejas que no mueren de la misma manera que los organismos: salvo las raras excepciones de extinción total, la discontinuidad siempre arraiga en algún tipo de continuidad. Si decimos que una sociedad ha terminado, queremos decir que ciertas características de su organización que consideramos consustanciales a ella han desaparecido; otras pueden haber sobrevivido. Propongo que para determinar si el capitalismo está vivo, moribundo o muerto, lo definamos como una sociedad moderna[17] que asegura su reproducción colectiva como un efecto colateral no intencionado de la optimización racional individualizada de los beneficios competitivos en busca de la acumulación de capital, por medio de un «proceso de trabajo» que combina capital de propiedad privada con fuerza de trabajo mercantilizada, cumpliendo la promesa de Mandeville de convertir los vicios privados en beneficios públicos[18]. Sostengo que esta

---

[17] O, tal como postula Adam Smith, una sociedad «progresiva», cuyo objetivo es en principio el crecimiento sin límites de la productividad y la prosperidad, según la medición del tamaño de su economía monetaria.

[18] Otras definiciones del capitalismo destacan, por ejemplo, la naturaleza pacífica del intercambio mercantil y comercial capitalista: véase Albert Hirschman, «Rival Interpretations of Market Society: Civilizing, Destructive or Feble?», *Journal of Economic Literature*, vol. 20, núm. 4, 1982, pp. 1.463-1.484. Esta definición olvida el hecho de que el «libre mercado» no violento está generalmente limitado al núcleo del sistema capitalista, mientras que en su periferia histórica y espacial la violencia es rampante. Por ejemplo, mercados ilegales (drogas, prostitución, armas, etcétera) regidos por la violencia privada recolectan enormes cantidades de dinero para inversiones legales: una versión de la acumulación primitiva. Además, la violencia pública legítima y la violencia privada ilegal a menudo se funden entre sí, no solo dentro de los límites del capitalismo, sino también en el apoyo proporcionado por los países del

es la promesa que el capitalismo contemporáneo ya no puede cumplir: la de terminar su existencia histórica como un orden social que se autoreproduce, sostenible, previsible y legítimo.

Es poco probable que la desaparición del capitalismo así definido siga el camino marcado por alguien. Cuanto más avanza el declive, más provocará protestas políticas e intentos múltiples de intervención colectiva. Pero durante mucho tiempo es probable que sean de tipo ludita: locales, dispersas, descoordinadas, «primitivas», que incrementen el desorden sin ser capaces de crear un orden nuevo, ayudando en el mejor de los casos de manera no intencionada a que llegue. Se podría pensar que una crisis duradera de este tipo abriría no pocas puertas a la posibilidad de acciones reformistas o revolucionarias. Parece, sin embargo, que la desorganización del capitalismo no solo le está afectando a él mismo, sino también a sus opositores, privándoles de la capacidad de derrotarlo o de rescatarlo. Entonces, para que el capitalismo termine debe procurar su propia destrucción: que es, diría yo, exactamente lo que estamos observando hoy en día.

Una victoria pírrica

Pero, por muchas que sean sus deficiencias, ¿por qué tiene que estar en crisis el capitalismo si ya no tiene ninguna oposición digna de ese nombre? Cuando se produjo la implosión del comunismo en 1989, se consideró el triunfo final del capitalismo, el «fin de la historia». Incluso ahora, después de 2008, la Vieja Izquierda sigue al borde de la extinción en todas partes, y una nueva Nueva Izquierda sigue sin aparecer. Las masas, tanto las pobres y sin poder como las que son relativamente pudientes, parecen estar firmemente atrapadas por el consumismo; y los bienes colectivos, la acción colectiva y la organización colectiva, completamente pasadas de moda. Puesto que el capitalismo es el único superviviente, ¿por qué no va a continuar aunque solo sea por defecto? A primera vista existen muchas razones para no declarar muerto al capitalismo, a pesar de todas las señales históricas de mal agüero. Respecto a la desigualdad, la gente puede acostumbrarse a ella, especialmente con la ayuda de diversiones públicas y represión política. Además, abundan los ejemplos de Gobiernos que son reelegidos tras recortar el gasto social y privatizar los servicios públicos con el objetivo de aplicar una

---

centro a sus colaboradores en la periferia. También es necesario incluir en un lugar primordial la violencia pública contra los disidentes y contra los sindicatos, cuando todavía existían y tenían relevancia.

política monetaria ortodoxa beneficiosa para los propietarios del dinero. Respecto al deterioro medioambiental, tiene lugar con lentitud en comparación con la duración de la vida humana individual, así que se puede negar mientras se aprende a convivir con el mismo. Los avances tecnológicos con los que se compra tiempo, como el *fracking*, nunca pueden ser descartados, y si la capacidad pacificadora del consumismo tiene límites, está claro que estamos lejos de alcanzarlos. Además, la adaptación a regímenes de trabajo que ocupan más tiempo y consumen más vida puede ser interpretada como un desafío competitivo, una oportunidad para el desarrollo personal. Las definiciones culturales de la vida buena han sido siempre muy maleables y pueden perfectamente estirarse aún más para estar a la altura del progreso de la mercantilización, por lo menos mientras los desafíos radicales o religiosos a la reeducación pro-capitalista puedan ser suprimidos, ridiculizados o marginados de alguna forma. Para terminar, la mayoría de las teorías del estancamiento actual se aplican solo a Occidente, o solo a Estados Unidos, no a China, Rusia, India o Brasil: países a los que puede estar a punto de migrar la frontera del crecimiento económico, con extensas tierras vírgenes esperando a convertirse en los receptores del progreso capitalista[19].

Mi respuesta es que para el capitalismo el hecho de no tener oposición puede constituir más un pasivo que un activo. Los sistemas sociales progresan gracias a la heterogeneidad interna, al pluralismo de los principios organizativos que los protegen de la dedicación exclusiva a un objetivo único, excluyendo otros que también deben ser perseguidos para que el sistema sea sostenible. El capitalismo tal como lo conocemos se ha beneficiado enormemente del ascenso de los movimientos contrarios al dominio del beneficio y el mercado. El socialismo y el sindicalismo, al poner un freno a la mercantilización, evitaron que el capitalismo destruyera sus fundamentos no capitalistas: la confianza, la buena fe, el altruismo, la solidaridad dentro de las familias y las comunidades y otras cosas similares. Con el keynesianismo y el fordismo, la

[19] Aunque las últimas evaluaciones de su funcionamiento y perspectivas económicas son mucho menos entusiastas que hace dos o tres años. Últimamente, el análisis eufórico de los «BRIC» ha sido sustituido por el cuestionamiento angustioso de las perspectivas económicas de los «cinco frágiles» (Turquía, Brasil, India, Sudáfrica e Indonesia; *The New York Times*, 28 de enero de 2014). También se han hecho más frecuentes los informes sobre los problemas que se acumulan en el capitalismo chino, que señalan, entre otras cosas, el endeudamiento generalizado de los Gobiernos locales y regionales. Desde la crisis de Crimea, también hemos empezado a enterarnos de la debilidad estructural de la economía rusa.

oposición más o menos leal al capitalismo aseguró y ayudó a estabilizar la demanda agregada, especialmente durante las recesiones. Cuando las circunstancias eran favorables, las organizaciones de la clase obrera servían incluso como un «acicate a la productividad» al forzar al capital a embarcarse en conceptos de producción más avanzados. En esta misma línea, Geoffrey Hodgson ya ha defendido que el capitalismo solo puede sobrevivir mientras no sea completamente capitalista; ya que ni el capitalismo ni la sociedad que lo alberga se han desprendido de las «impurezas necesarias»[20]. Desde este punto de vista, la derrota de la oposición al capitalismo puede que haya sido una victoria pírrica, que le libra de fuerzas de contrapeso que, aunque sean molestas a veces, lo habían apoyado en la práctica. ¿Podría ser que el capitalismo triunfante se haya convertido en su propio peor enemigo?

Fronteras de la mercantilización

Al explorar esta posibilidad, podríamos desear volver a la idea de los límites sociales contra la expansión del mercado de Karl Polanyi, subyacente a su concepto de las tres «mercancías ficticias»: el trabajo, la tierra (o la naturaleza) y el dinero[21]. Una mercancía ficticia se define como un recurso al que las leyes de la oferta y la demanda se le aplican solo de manera parcial y difícilmente, si es que se le aplican; por lo tanto solo, puede ser tratado como una mercancía de una manera regulada cuidadosa y limitadamente, ya que una mercantilización total la destruiría o la haría inutilizable. Sin embargo, los mercados tienen una tendencia inherente a expandirse más allá de su dominio original –el comercio con bienes materiales– a todas las otras esferas de la vida sin tener en cuenta si son apropiadas para la mercantilización: o dicho en términos

---

[20] «Cada sistema socioeconómico debe basarse en por lo menos un subsistema estructuralmente distinto para funcionar. Debe existir siempre una pluralidad coexistente de modos de producción para que la formación social en su conjunto tenga la variedad estructural necesaria para enfrentarse al cambio»: Geoffrey Hodgson, «The Evolution of Capitalism from the Perspective of Institutional and Evolutionary Economics», en Geoffrey Hodgson *et al.* (eds.), *Capitalism in Evolution: Global Contentions, East and West*, Cheltenham, 2001, pp. 71ss. Para una formulación menos funcionalista de la misma idea, véase mi concepto de «restricción beneficiosa»: «Beneficial Constraints on the Economic Limits of Rational Voluntarism», en Rogers Hollingsworth y Robert Boyer (eds.), *Contemporary Capitalism: The Embeddedness of Institutions*, Cambridge, 1997, pp. 197-219.

[21] Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time* [1944], Boston, 1957, pp. 68-76 [ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989].

marxistas, la subsunción bajo la lógica de la acumulación de capital. La expansión del mercado, si no es retenida por las instituciones restrictivas, está así en riesgo permanente de autodebilitarse, y poner en peligro la viabilidad del sistema capitalista económico y social.

De hecho, las señales indican que la expansión del mercado ha alcanzado ya un umbral crítico respecto a las tres mercancías ficticias de Polanyi, al haber sido erosionadas en una variedad de frentes las salvaguardas institucionales que servían para protegerlas de la mercantilización total. Es la justificación de la búsqueda actual de un nuevo régimen en todas las sociedades capitalistas avanzadas con respecto al trabajo, especialmente una nueva distribución del tiempo entre las relaciones e intereses sociales y económicos; la búsqueda de un régimen energético sostenible en relación con la naturaleza; y la búsqueda de un régimen financiero estable para la producción y distribución del dinero. En las tres áreas, las sociedades tantean hoy en día unas limitaciones más eficaces a la lógica de la expansión[22], institucionalizada como lógica del enriquecimiento privado, fundamental para el orden social capitalista. Estas limitaciones se centran en las exigencias cada vez más duras que el sistema de empleo impone al trabajo humano, que los sistemas de producción y consumo capitalista imponen sobre los recursos naturales finitos, y que el sistema financiero y bancario impone a la confianza de las personas en pirámides de dinero, crédito y deuda cada vez más complejas.

Analizando cada una de las tres áreas de crisis de Polanyi, podemos observar que fue la excesiva mercantilización del dinero lo que derrumbó la economía global en 2008: la transformación de una provisión ilimitada de crédito barato en «productos» financieros cada vez más sofisticados dio lugar a una burbuja inmobiliaria de un tamaño inimaginable en aquel momento. Desde la década de 1980, la desregulación de los mercados financieros de Estados Unidos había eliminado las restricciones a la producción y la comercialización privada de dinero diseñadas tras la Gran Depresión. La «financiarización», que es como se denominó el proceso, parecía la única forma disponible para que la economía de la desbordada potencia hegemónica del capitalismo global recuperase el crecimiento y la rentabilidad. Sin embargo, una vez desregulada, la industria de hacer dinero invirtió buena parte de sus enormes recursos

[22] O incluso «transgresión», si nos atenemos al alemán: *Steigerungslogik* [lógica del incremento].

en presionar para conseguir todavía una mayor desregulación, por no mencionar la inversión efectuada para burlar las pocas normas que quedaban. A posteriori, es fácil ver los enormes riesgos implícitos en el paso del antiguo régimen de D-M-D' al nuevo de D-D', así como la tendencia hacia una desigualdad siempre en aumento asociada con el crecimiento desproporcionado del sector bancario[23].

Respecto a la naturaleza, hay un malestar creciente por la tensión, percibida ahora con claridad, entre el principio capitalista de expansión infinita y la provisión finita de recursos naturales. El neomaltusianismo de varios tipos se hizo popular en la década de 1970. Al margen de lo que se piense de ellos, y aunque algunos estén considerados ahora prematuramente alarmistas, nadie puede negar que los modelos de consumo energético de las sociedades capitalistas ricas no pueden ampliarse al resto del mundo sin destruir condiciones esenciales de la vida humana. Lo que parece que se está produciendo es una carrera entre el agotamiento progresivo de la naturaleza, por una parte, y la innovación tecnológica, por otra: sustituyendo con materiales artificiales los naturales, previniendo o arreglando los daños medioambientales, diseñando refugios contra la inevitable degradación de la biosfera. Una pregunta que nadie parece ser capaz de responder es cómo se logran los enormes recursos colectivos teóricamente necesarios para todo esto, en sociedades gobernadas por lo que C. B. Macpherson denominó «individualismo posesivo»[24]. ¿Qué agentes e instituciones van a asegurar el bien colectivo de un medio ambiente habitable en un mundo de producción y consumo competitivo?

En tercer lugar, la mercantilización del trabajo humano puede haber alcanzado un punto crítico. La desregulación de los mercados de trabajo por la competencia internacional ha anulado cualquier posibilidad que pudiera haber existido nunca de una limitación general de las horas de trabajo[25]. También ha precarizado el empleo de una

---

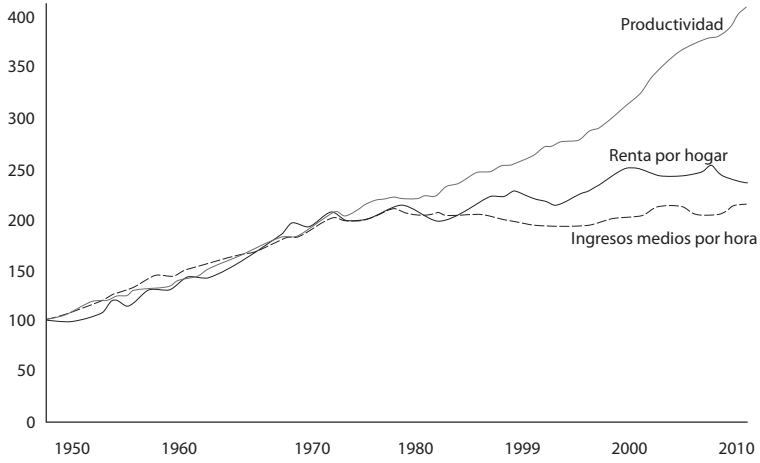
[23] Donald Tomaskovic-Debey y Ken-Hou Lin, «Income Dynamics, Economic Rents and the Financialization of the US economy», *American Sociological Review*, vol. 76, núm. 4, 2011, pp. 538-559.
[24] C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford, 1962 [ed. cast.: *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*, Madrid, Trotta, 2005].
[25] Considérese el ataque a lo que quedaba de la semana de 35 horas en Francia, bajo los auspicios de un presidente socialista y su partido.

parte creciente de la población[26]. Con el aumento de la participación de las mujeres en el mercado laboral, debido en parte a la desaparición del «complemento familiar», las horas al mes vendidas por las familias a los empresarios han aumentado, mientras que los salarios han caído respecto a la productividad, y de manera más radical en el corazón del capitalismo, Estados Unidos (véase la Figura 7). Al mismo tiempo, a pesar de la desregulación y de la destrucción de los sindicatos, los mercados de trabajo no consiguieron mejorar y el desempleo residual del orden del 7 al 8 por 100 se ha convertido en la nueva normalidad, incluso en un país como Suecia. Los centros de trabajo esclavo se han extendido por muchos sectores industriales, incluyendo a los servicios, pero principalmente en la periferia global, lejos del alcance de las autoridades y de lo que queda de los sindicatos en el centro capitalista, y fuera de la vista de los consumidores. Como el trabajo esclavo compite con los trabajadores de países con protecciones laborales históricamente fuertes, las condiciones de trabajo para los primeros se deterioran mientras que para los segundos el desempleo se hace endémico. Al mismo tiempo, se multiplican las quejas sobre la invasión del trabajo en la vida familiar, en línea con las presiones de los mercados de trabajo para alinearse con una competición interminable para mejorar el «capital humano» de cada uno. Además, la movilidad global permite a los empresarios reemplazar trabajadores locales poco dispuestos a la flexibilidad por trabajadores migrantes dispuestos a todo. También compensa una tasa de natalidad negativa para reemplazar trabajadores, debida en parte al cambio en el equilibrio entre trabajo retribuido y no retribuido y entre el consumo mercantil y no mercantil. El resultado es el debilitamiento secular de los movimientos de protesta social, provocado por la pérdida de la solidaridad de clase y social y acompañado de conflictos políticos catastróficos debidos a la diversidad étnica, incluso en países tradicionalmente liberales como los Países Bajos, Suecia o Noruega.

---

[26] Desde la frontera capitalista se informa de que los principales bancos de inversiones han comenzado a sugerir a sus empleados de los niveles más bajos que «deben intentar pasar cuatro días laborables al mes fuera de la oficina, como parte de un proyecto más amplio de mejorar las condiciones de trabajo»: «Wall St Shock: Take a Day Off, Even A Sunday», *The New York Times*, 10 de enero de 2014.

FIGURA 7: *El contrato social roto, Estados Unidos, 1947-presente.*



Fuente: Thomas Kochan, «The American Jobs Crisis and the Implications for the Future of Employment Policy», *International Labor Relations Review*, vol. 66, núm. 2, 2013.

La cuestión de cómo y dónde debe restringirse la acumulación de capital para proteger las tres mercancías ficticias de la mercantilización total ha sido debatida a lo largo de toda la historia del capitalismo. Pero el actual desorden mundial en las tres áreas al mismo tiempo es algo diferente: es la consecuencia de una arremetida de los mercados espectacularmente exitosa, expandiéndose más rápidamente que nunca, en una amplia variedad de instituciones y agentes que, bien heredados del pasado o establecidos por medio de prolongadas disputas políticas, habían mantenido el avance del capitalismo socialmente arraigado hasta cierto punto. El trabajo, la tierra y el dinero se han convertido simultáneamente en áreas de crisis después de que la «globalización» haya dotado a las relaciones y a las cadenas de producción del mercado de una capacidad sin precedentes para traspasar los límites de las jurisdicciones políticas y jurídicas de las naciones. El resultado es una desorganización fundamental de los agentes que, en la época moderna, han domesticado más o menos exitosamente los «espíritus animales» del capitalismo, en beneficio de la sociedad en general, así como del propio capitalismo.

La acumulación de capital podría estar llegando a su límite no solo con respecto a las mercancías ficticias. En apariencia, el consumo de bienes y servicios continúa creciendo y la premisa implícita de la economía moderna (que el deseo y la capacidad humana de consumo son

ilimitadas) parecería confirmarse con facilidad con una simple visita a cualquier gran centro comercial. Sin embargo, los temores de que los mercados para los bienes de consumo lleguen a saturarse en algún momento (quizá en el curso de un desenganche posmaterialista de las aspiraciones humanas con respecto a la adquisición de mercancías) son endémicos entre los productores que dependen de los beneficios. Esto refleja por sí mismo el hecho de que el consumo en las sociedades capitalistas avanzadas hace mucho tiempo que se ha disociado de las necesidades materiales[27]. La mayor parte del gasto en consumo hoy en día, que sigue creciendo con rapidez, no se gasta en el valor de uso de los bienes, sino en su valor simbólico, su aura o halo. Es la causa de que los productores tengan que pagar más que nunca por el *marketing*, que incluye no solo la promoción, sino también el diseño del producto y la innovación. Sin embargo, a pesar de la sofisticación creciente de las campañas de ventas, los aspectos intangibles de la cultura hacen que el éxito comercial sea difícil de pronosticar: desde luego, mucho más que en la época en la que se podía conseguir el crecimiento a base de proporcionar gradualmente una lavadora a todos los hogares de un país[28].

Cinco problemas

El capitalismo, cuando no tiene oposición, campa a sus anchas, sin autorrestricciones. La búsqueda del beneficio capitalista no tiene límites, ni los puede tener. La idea de que menos pueda ser más no es un principio que pueda adoptar una sociedad capitalista; hay que imponérsela o, si no, no habrá límite para su progreso, aunque a la larga sea autodestructivo. Considero que actualmente ya hemos llegado a una situación en la que

---

[27] Consideremos el gigantesco festín que montan cada año antes de Navidad las industrias de los bienes de consumo y al por menor; o el día después del día de Acción de Gracias, denominado de manera inquietante en Estados Unidos «viernes negro» por las rebajas de precios omnipresentes y la histeria colectiva de compras que promueve. ¡Imaginen la desesperación si no se presentara nadie!

[28] No se puede subestimar la importancia vital de la cultura del consumismo para la reproducción del capitalismo contemporáneo. Los consumidores son los auténticos aliados del capital en su conflicto de distribución con los productores, incluso a pesar de que los productores y los consumidores suelen ser las mismas personas. En la caza de la mejor ganga, los consumidores se derrotan a sí mismos como productores, empujando al extranjero sus propios empleos; al apuntarse al crédito al consumo para aumentar su reducida capacidad de compra, complementan los incentivos consumistas con una obligación legal de trabajar, en la que entran como deudores, y que los prestamistas les hacen cumplir. Véase Lendol Calder, *Financing the American Dream: A Cultural History of Consumer Credit*, Princeton, 1999.

podemos observar al capitalismo a punto de fallecer por haber eliminado a su oposición: muriendo, como si dijéramos, de una sobredosis de sí mismo. Para ilustrar esta afirmación señalaré cinco problemas sistémicos del capitalismo avanzado de nuestros días; todos ellos consecuencia de la debilitación de las tradicionales restricciones institucionales y políticas al avance capitalista. Los llamo: estancamiento, redistribución oligárquica, saqueo del dominio público, corrupción y anarquía global.

Seis años después de Lehman, las predicciones de un estancamiento económico duradero están *en vogue*. Un ejemplo destacado es un ensayo muy discutido de Robert Gordon, que defiende que las innovaciones principales que han impulsado la productividad y el crecimiento económico desde el siglo XIX solo podían tener lugar una vez, como el aumento de la velocidad del transporte o la instalación de agua corriente en las ciudades[29]. Comparado con ellas, el reciente desarrollo de la tecnología de la información solo ha producido efectos menores en la productividad, si es que ha producido alguno. Aunque el análisis de Gordon pueda parecer determinista desde el punto de vista tecnológico, es lógico pensar que el capitalismo solo puede aspirar a alcanzar el nivel de crecimiento necesario para compensar a una clase trabajadora no capitalista que ayuda a que otros acumulen capital si la tecnología descubre nuevas posibilidades de aumentar la productividad indefinidamente. En cualquier caso, en lo que parece una idea de última hora, Gordon apoya su predicción sobre el crecimiento reducido o nulo, enumerando seis factores no tecnológicos (los llama «vientos en contra») que producirían un estancamiento duradero «incluso si la innovación continuara [...] al ritmo de las dos décadas anteriores a 2007»[30]. Incluye dos factores que en mi opinión hace tiempo que se hallan relacionados con el bajo crecimiento: la desigualdad y «el exceso de la deuda del consumidor y del Gobierno»[31].

---

[29] Robert Gordon, «Is US Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds», *NBER Working Paper*, núm. 18.315, agosto de 2012.

[30] En opinión de Gordon, ese ritmo suponía el 1,8 por 100 anual. El impacto de las seis fuerzas adversas le haría caer hasta el 0,2 por 100 anual para el 99 por 100 inferior de la población estadounidense: *Ibid.*, pp. 18ss. (El crecimiento para el 1 por 100 es una cuestión distinta, por supuesto). Obsérvese que Gordon cree que, en la práctica, la tasa de crecimiento básico será inferior al 1,8 por 100.

[31] Las predicciones de Gordon han sido y siguen siendo ampliamente debatidas. En especial se han puesto en duda en relación al progreso tecnológico futuro en inteligencia artificial y robótica. Aunque el progreso en este campo parece posible es, sin embargo, poco probable que sus frutos sean compartidos equitativamente. Sin protección social, los avances tecnológicos en estos campos destruirán empleo y aumentarán aún más la polarización social. Lo que el progreso tecnológico pueda aportar al crecimiento será probablemente anulado por lo que puede añadir a la desigualdad.

Lo más sorprendente es lo cercanas que están las teorías actuales sobre el estancamiento de las teorías marxistas del bajo consumo de las décadas de 1970 y 1980[32]. Recientemente, nada menos que Lawrence Larry Summers (amigo de Wall Street, principal diseñador de la desregulación financiera con Clinton, y primer candidato de Obama para presidir la Reserva Federal, hasta que tuvo que ceder ante la oposición del Congreso)[33] se ha sumado a los teóricos del estancamiento. El 8 de noviembre de 2013, en el Foro Económico del FMI, Summers confesó haber perdido la esperanza de que los tipos de interés cercanos a cero fueran a producir crecimiento económico significativo en el futuro inmediato, en un mundo que en su opinión padecía un exceso de capital[34]. La predicción de Summers de que el «estancamiento secular» será la «nueva normalidad» encontró una aprobación sorprendentemente amplia entre sus colegas economistas, incluyendo a Paul Krugman[35]. Lo que Summers mencionó solo de pasada fue que el evidente fracaso de los tipos de interés, que en realidad eran incluso negativos, para reavivar la inversión, coincidió con un aumento duradero de la desigualdad, en Estados Unidos y en otros lugares. Como Keynes habría explicado, la concentración de los ingresos en lo más alto menoscaba la demanda efectiva y hace que los propietarios del capital busquen oportunidades de ganancias especulativas al margen de la «economía real». De hecho, esta puede haber sido una de las causas de la «financiarización» del capitalismo que comenzó en la década de 1980.

---

[32] Véase, entre muchos otros, Harry Magdoff y Paul Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, Nueva York, 1987 [ed. cast.: *Estancamiento y explosión financiera*, Madrid, Siglo XXI, 1988]. Para una evaluación interesante de la aplicabilidad de la teoría del bajo consumo al capitalismo posterior a 2008, véase John Bellamy Foster y Fred Magdoff, *The Great Financial Crisis. Causes and Consequences*, Nueva York, 2009 [ed. cast.: *La gran crisis financiera. Causas y consecuencias*, Madrid, FCE, 2009].

[33] Presumiblemente también porque habría tenido que declarar los sustanciosos ingresos que recibió de empresas de Wall Street tras su dimisión del gobierno de Obama a finales de 2010. Véase «The Fed, Lawrence Summers and Money», *The New York Times*, 11 de agosto de 2013.

[34] La misma idea había sido expuesta en 2005 cuando Ben Bernanke, que iba a suceder muy pronto a Alan Greenspan en la Reserva Federal, invocó un «exceso de ahorro» para justificar el fracaso de la estrategia de la Reserva Federal de «inundar los mercados de liquidez» para estimular la inversión. Casualmente, Summers suscribe ahora el punto de vista de los teóricos del estancamiento de izquierdas de que el «*boom*» de la década de 1990 y primeros años de la de 2000 era una quimera: «Demasiado dinero fácil, demasiados créditos, demasiada riqueza. ¿Hubo un gran *boom*? La utilización de la capacidad no sufría una gran presión, el desempleo no estaba destacadamente por debajo de ningún nivel. La inflación estaba absolutamente inactiva. Así que ni siquiera una gran burbuja era suficiente para producir algún exceso en la demanda agregada». Un video del discurso de Summers está disponible en la página *web* del FMI.

[35] Paul Krugman, «A Permanent Slump?», *The New York Times*, 18 de noviembre de 2013.

Las elites de poder del capitalismo global parecerían resignarse al crecimiento bajo o nulo total en el futuro inmediato, lo que no excluye ganancias altas en el sector financiero, básicamente por medio del comercio especulativo con dinero barato proporcionado por los bancos centrales. Pocos parecen temer que el dinero generado para prevenir que el estancamiento se convierta en deflación llegue a causar inflación, ya que los sindicatos que podrían reivindicar que se compartiese ya no existen[36]. De hecho, ahora la preocupación se centra en que la inflación sea demasiado baja en lugar de demasiado alta, ya que la supuesta sabiduría emergente es que una economía sana necesita una tasa de inflación anual de, por lo menos, el 2 por 100, o quizá más. La única inflación en el horizonte, sin embargo, es la de las burbujas del precio de los activos, y Summers se esforzó en preparar a su público para unas cuantas de ellas.

Para los capitalistas y sus lacayos, el futuro parece deparar un itinerario con muchos baches. El crecimiento bajo les denegará recursos adicionales con los que solucionar los conflictos de distribución y apaciguar el descontento. Las burbujas están esperando a explotar, sin previo aviso, y no está claro que los Estados recuperen la capacidad de ocuparse de las víctimas a tiempo. La economía estancada que se está formando estará lejos de ser una economía estacionaria o estable; al descender el crecimiento y aumentar los riesgos, la lucha por la supervivencia será más intensa. En lugar de restaurar los límites protectores de la mercantilización que la globalización dejó obsoletos, se buscarán nuevas maneras de explotar la naturaleza, se ampliará e intensificará el horario laboral, y se apoyará lo que la jerga llama finanzas creativas, en un intento desesperado de mantener altos los beneficios y que continúe la acumulación de capital. El pronóstico de «estancamiento con posibilidad de burbujas» puede ser recreado muy probablemente como una batalla de todos contra todos, aderezado con situaciones de pánico ocasionales y con la interpretación de finales de partida convertida en un pasatiempo popular.

Plutócratas y saqueo

Pasando al segundo problema, no hay ninguna señal de que la tendencia duradera hacia una mayor desigualdad económica sea modificada en el futuro cercano, o, en realidad, nunca. La desigualdad deprime el crecimiento, por causas keynesianas y otras. Pero el dinero fácil que proporcionan actualmente los bancos centrales para recuperar el crecimiento

---

[36] Por supuesto, su ausencia fue una de las causas de que, en primer lugar, se diera el exceso de beneficios que deprimió la demanda.

(fácil para el capital, pero no, por supuesto, para los trabajadores) aumenta aún más la desigualdad, al inflar el sector financiero e invitar a la inversión especulativa en lugar de a la productiva. Así, la redistribución hacia arriba se hace oligárquica: en lugar de servir a un interés colectivo de progreso económico, como prometía la economía neoclásica, se centra en la extracción de los recursos de unas sociedades cada vez más empobrecidas y en declive. Los países que vienen a la mente en este caso son Rusia y Ucrania, pero también Grecia y España, y cada vez más Estados Unidos. Bajo la redistribución oligárquica, se rompe el lazo keynesiano que unía los beneficios de los ricos con los salarios de los pobres, separando el destino de las elites económicas del destino de las masas[37]. Esto ya se anticipó en los infames memorándums de la «plutonomía» distribuidos por Citibank en 2005 y 2006 a un selecto círculo de sus clientes más ricos, para asegurarles que su prosperidad ya no dependía de la de los asalariados[38].

La redistribución oligárquica y la tendencia hacia la plutonomía, incluso en países que todavía se consideran democracias, invocan la pesadilla de las elites convencidas de que sobrevivirán al sistema social que les está haciendo ricos. Los capitalistas plutonómicos puede que ya no tengan que preocuparse por el crecimiento económico nacional, porque sus fortunas transnacionales crecen sin el mismo; de ahí la salida de los multimillonarios de países como Rusia o Grecia, que cogen su dinero (o el de sus conciudadanos) y corren, preferiblemente a Suiza, Gran Bretaña o Estados Unidos. La posibilidad de rescatarte a ti mismo y a tu familia escapando junto con tus posesiones, proporcionada por el mercado global de capital, ofrece la tentación más fuerte para el rico de apuntarse al estilo de vida de final de partida: sacar el dinero, quemar los puentes y no dejar nada detrás salvo la tierra quemada.

---

[37] En Estados Unidos y en otros lugares, los ricos se movilizan contra los sindicatos y las normas del salario mínimo, aunque los salarios bajos debilitan la demanda agregada. Aparentemente, pueden hacerlo porque la provisión abundante de dinero fresco sustituye a la capacidad de compra de las masas, al permitir a los que tienen acceso al mismo obtener su ganancia en el sector financiero. La demanda desde abajo haría atractiva para los «ahorros» de los ricos la inversión en servicios y productos manufacturados. Véase, en este contexto, la petición a finales del año pasado del director general de la Confederación de la Industria Británica, que representa a las empresas de productos manufacturados, para que sus socios pagaran mejor a sus trabajadores, puesto que demasiada gente está atascada en el empleo mal pagado. Véase «Companies urged to spread benefits widely», *Financial Times*, 30 de diciembre de 2013.

[38] Citigroup Research, «Plutonomy: Buying Luxury, Explaining Global Imbalances», 16 de octubre de 2005; «Revisiting Plutonomy: The Rich Getting Richer», 5 de marzo de 2006.

El saqueo del dominio público por medio de la infrafinanciación y la privatización, es decir, el tercer problema, está muy relacionado con lo anterior. En otro lugar he rastreado su origen en la transición en dos fases desde la década de 1970: del Estado fiscal al Estado endeudado y de este finalmente al Estado de consolidación o de austeridad. Entre las causas de este cambio, se encuentra en primer lugar la nueva posibilidad ofrecida por los mercados globales de capital desde la década de 1980 para la evasión fiscal, la huida fiscal, los impuestos diseñados a medida y la extorsión de recortes fiscales a los Gobiernos realizada por las empresas y los individuos que reciben grandes ingresos. Los intentos de disminuir los déficits públicos se basaron casi exclusivamente en recortes del gasto gubernamental: tanto en la seguridad social como en la inversión en infraestructuras físicas y en capital humano. Al mismo tiempo que los aumentos de los ingresos se acumulan cada vez más en el 1 por 100 de la población, el dominio público de las economías capitalistas se encoge, a menudo de forma radical, brutalmente reducido en beneficio de la riqueza oligárquica internacionalmente móvil. Parte del proceso ha sido la privatización, llevada a cabo sin tener en cuenta la contribución que la inversión pública en productividad y cohesión social podría haber supuesto para el crecimiento económico y la equidad social.

Incluso antes de 2008 se asumía de manera general que la crisis fiscal del Estado de posguerra tenía que ser solucionada a base de disminuir el gasto en lugar de subir los impuestos, especialmente a los ricos. La consolidación de las finanzas públicas por medio de la austeridad ha sido y sigue siendo impuesta a las sociedades incluso aunque sea probable que vaya a deprimir el crecimiento. Esto parecería ser otra indicación de que la economía de los oligarcas ha sido desligada de la economía de la gente corriente, ya que los ricos ya no piensan pagar un precio por maximizar sus ingresos a costa de los no ricos o por perseguir sus intereses a costa de la economía en general. Lo que podría estar saliendo aquí a la luz es la tensión fundamental descrita por Marx entre, por una parte, la naturaleza cada vez más social de la producción en una sociedad y una economía avanzadas y, por otra parte, la propiedad privada de los medios de producción. Puesto que el crecimiento de la productividad precisa más provisión pública, tiende a hacerse incompatible con la acumulación privada de beneficios, forzando a las elites capitalistas a elegir entre las dos. La consecuencia es lo que ya observamos hoy en día: estancamiento económico combinado con redistribución oligárquica[39].

---

[39] *Nota bene* que el capitalismo se basa en el beneficio, no en la productividad. Aunque ambos puedan ir juntos a veces, es probable que se separen cuando el

La corrosión de la jaula de hierro

Junto con el declive del crecimiento económico, la desigualdad creciente y la transferencia del dominio público a la propiedad privada, la corrupción es el cuarto problema del capitalismo contemporáneo. En su intento de rehabilitarlo recordando sus fundamentos éticos, Max Weber trazó una línea nítida entre capitalismo y codicia, señalando lo que pensaba que eran sus orígenes en la tradición religiosa del protestantismo. En opinión de Weber, la codicia había existido en todas partes siempre; no solo no era distintiva del capitalismo, sino que era capaz de pervertirlo. El capitalismo no se basaba en un deseo de hacerse rico, sino en la autodisciplina, el trabajo metódico, la dirección responsable, la dedicación serena a una tarea y una organización racional de la vida. Weber preveía que los valores culturales del capitalismo se difuminarían a medida que este madurase y se convirtiera en una «jaula de hierro» en la que la regulación burocrática y las restricciones de la competencia ocuparan el lugar de las ideas culturales que habían servido originalmente para desligar la acumulación de capital tanto del consumo materialista-hedonista como de los instintos primitivos de acaparamiento. Lo que no pudo prever, sin embargo, fue la revolución neoliberal del último tercio del siglo XX y las oportunidades sin precedentes que proporcionó para hacerse muy rico.

Pace Weber, el fraude y la corrupción han acompañado siempre al capitalismo. Pero hay buenas razones para creer que con el ascenso del sector financiero a los puestos de mando se han vuelto tan dominantes que la reivindicación ética del capitalismo de Weber parece ahora referirse a un mundo totalmente distinto. La finanzas son una «industria» donde la innovación es difícil de distinguir del retorcimiento o el infringimiento de las normas; donde los beneficios por actividades semilegales e ilegales son especialmente altos; donde el gradiente en conocimiento experto y pago entre las empresas y las autoridades reguladoras es extremo; donde las puertas giratorias entre ambos ofrecen oportunidades sin fin para la corrupción sutil y no tan sutil[40]; donde las empresas más grandes no solo son

---

crecimiento económico comienza a necesitar una expansión desproporcionada del dominio público, tal como se anticipó con gran antelación en la «Ley de Wagner»: Adolph Wagner, *Grundlegung der politischen Oekonomie*, 3ª ed., Leipzig, 1892. Las preferencias capitalistas por el beneficio en vez de por la productividad, y con ellas el régimen de la propiedad privada capitalista en su conjunto, pueden entonces obstaculizar el progreso económico y social.

[40] Incluso al más alto nivel: tanto Blair como Sarkozy trabajan actualmente para fondos de inversión, y su periodo de líderes nacionales elegidos es considerado aparentemente por ellos y por sus nuevos patronos como una especie de aprendizaje hacia un puesto mucho mejor retribuido en el sector financiero.

demasiado grandes para caer, sino también demasiado grandes para ser encarceladas, dada su importancia para la política económica nacional y la recaudación tributaria; y donde la línea roja entre las compañías privadas y el Estado está más borrosa que en ningún otro sector, tal como lo demuestra el rescate de 2008 o el gran número de empleados antiguos y futuros de las empresas financieras en el Gobierno estadounidense. Después de Enron y de WorldCom, se señaló que el fraude y la corrupción habían alcanzado los niveles más altos de la historia de la economía de Estados Unidos. Pero lo que salió a la luz después de 2008 lo superó todo: agencias de evaluación que recibían pagos de los productores de bonos tóxicos para que les concedieran las notas más altas; operaciones bancarias opacas en el extranjero, blanqueo de dinero y asesoría para la evasión de impuestos a gran escala como actividades normales de los bancos más grandes emplazados en los mejores lugares; la venta a clientes incautos de valores elaborados de tal forma que otros clientes podrían apostar contra ellos; los bancos más importantes del mundo entero fijando de manera fraudulenta los tipos de interés y el precio del oro, y así sucesivamente. En los últimos años, varios grandes bancos han tenido que pagar miles de millones de dólares de multa por actividades de este tipo, y otros procesos similares parecen estar a punto de aparecer. Sin embargo, lo que a primera vista pueden parecer sanciones bastante significativas, son minúsculas cuando se las compara con los balances de los bancos: para no mencionar el hecho de que todas ellas han sido acuerdos al margen de los tribunales sobre casos que los Gobiernos no querían o no se atrevían a encausar[41].

El deterioro moral del capitalismo puede tener relación con su declive económico y así la lucha por las últimas oportunidades de beneficios que quedan está haciéndose más sucia cada día y convirtiéndose en un pillaje de activos realizado a una escala verdaderamente gigantesca. Sea como sea, la percepción pública del capitalismo es ahora profundamente cínica, ya que todo el sistema se percibe generalmente como un mundo de trucos sucios para asegurar el enriquecimiento extraordinario de los que ya son ricos. Ya nadie cree en un renacimiento moral del capitalismo. El intento de Weber de evitar que se confundiera con la codicia ha fracasado finalmente, puesto que más que nunca se ha convertido en sinónimo de corrupción.

---

[41] Informes sobre las multas que tienen que pagar los bancos por malas prácticas de diversos tipos aparecen casi a diario en la prensa de calidad. El 23 de marzo de 2014, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* señaló que, desde el comienzo de la crisis financiera, los bancos estadounidenses por sí solos han sido multados con aproximadamente cien mil millones de dólares.

Un mundo fuera de quicio

Para terminar, llegamos al quinto problema. El capitalismo global necesita un centro para asegurar su periferia y proporcionarle un régimen monetario creíble. Hasta la década de 1920, este papel lo asumía Gran Bretaña y desde 1945 hasta la década de 1970, Estados Unidos; los años intermedios, cuando no existió un centro y diferentes potencias aspiraban a jugar ese papel, fueron una época de caos, tanto económica como políticamente. Las relaciones estables entre las divisas de los países que participan en la economía del mundo capitalista son esenciales para el comercio y para los trasvases de capital entre las fronteras nacionales, que a su vez son esenciales para la acumulación de capital; tienen que ser respaldadas por un banquero global de último recurso. Un centro eficaz se necesita también para apoyar regímenes en la periferia dispuestos a aprobar el bajo precio de extracción de las materias primas. Además, se necesita la colaboración local para someter a la oposición tradicionalista al *Landnahme* [acaparamiento de tierras] capitalista fuera del mundo desarrollado.

El capitalismo contemporáneo padece cada vez más la anarquía global, al no ser ya capaz Estados Unidos de cumplir con su papel de posguerra, y no aparecer en el horizonte un orden mundial multipolar. Aunque (¿todavía?) no hay enfrentamientos entre las grandes potencias, la función del dólar como divisa de referencia internacional se cuestiona: y no puede ser de otro modo, dados los resultados declinantes de la economía estadounidense, sus crecientes niveles de deuda pública y privada y la reciente experiencia de varias crisis financieras altamente destructivas. La búsqueda de una alternativa internacional, quizá bajo la fórmula de una cesta de monedas, no está dando resultado, ya que Estados Unidos no puede renunciar al privilegio de endeudarse en su propia moneda. Además, las medidas estabilizadoras tomadas por las organizaciones internacionales a instancias de Washington han tendido cada vez más a tener efectos desestabilizadores en la periferia del sistema, como en el caso de las burbujas inflacionistas provocadas en países como Brasil y Turquía por la *quantitative easing* en el centro.

Desde el punto de vista militar, Estados Unidos ha sido ya derrotado o neutralizado en tres importantes guerras en tierra desde la década de 1970, y en el futuro será probablemente más reacio a intervenir en conflictos locales con «las botas sobre el terreno». Nuevos y sofisticados medios de violencia se están desplegando para reasegurar a los

Gobiernos colaboradores e inspirar confianza en Estados Unidos como protector global de los derechos de propiedad de la oligarquía y como un refugio seguro para las familias oligárquicas y sus tesoros. Incluyen el uso de «fuerzas especiales» altamente secretas que descubran a enemigos potenciales para su destrucción individualizada; los aviones no tripulados capaces de matar a cualquiera en casi cualquier lugar del globo; el encarcelamiento y la tortura de un número desconocido de personas en un sistema mundial de campos de confinamiento secretos; y la vigilancia completa de la oposición potencial en todas partes con la ayuda de la tecnología de *big data*. Sin embargo, cabe dudar si todo esto será suficiente para restaurar el orden global, especialmente en vista del ascenso de China como rival económico real y, en menor grado, como rival militar de Estados Unidos.

En resumen, el capitalismo, como orden social sostenido por la promesa del progreso colectivo sin límite, está en una situación crítica. El crecimiento está dando paso al estancamiento secular; el progreso económico que pueda quedar es menor y menos compartido; y la confianza en la economía monetaria capitalista se apoya en una montaña creciente de promesas que cada vez es menos probable que se cumplan. Desde la década de 1970, el centro capitalista ha sufrido tres crisis sucesivas, una inflacionaria, otra de sus finanzas públicas y otra más del endeudamiento privado. Actualmente, en una complicada fase de transición, su supervivencia depende de que los bancos centrales le proporcionen liquidez sintética ilimitada. Paso a paso, el matrimonio a la fuerza del capitalismo con la democracia vigente desde 1945 se está rompiendo. En las tres fronteras de la mercantilización (el trabajo, la naturaleza y el dinero) las instituciones reguladoras que restringen el avance del capitalismo para su propio bien se han derrumbado, y tras la victoria final del capitalismo sobre sus enemigos no se vislumbra ninguna agencia política capaz de reconstruirlas. El sistema capitalista está actualmente afectado, por lo menos, por cinco problemas que empeoran y de los que no existe una cura inmediata: descenso del crecimiento, oligarquía, liquidación de la esfera pública, corrupción y anarquía internacional. Lo que se puede esperar, si nos atenemos al historial reciente del capitalismo, es un periodo largo y doloroso de decadencia acumulativa: de fricciones cada vez más intensas, de fragilidad e incertidumbre y de una sucesión regular de «accidentes normales», no necesariamente, pero con bastante probabilidad, a escala del desmoronamiento global de la década de 1930.